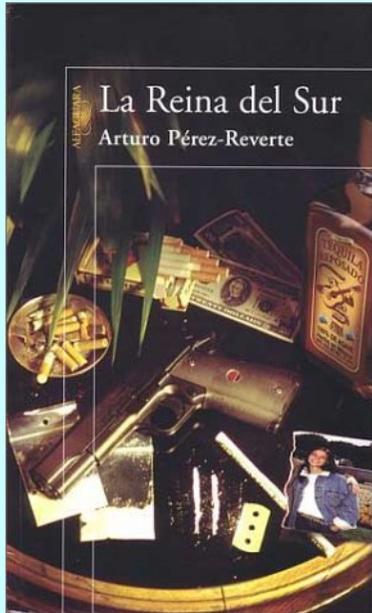
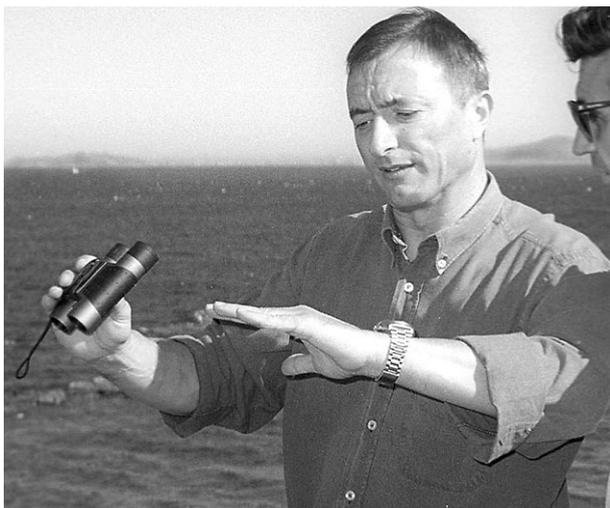


JAVIER COLLADO



LA REINA DEL SUR



Javier Collado, dijo el periodista. Piloto del helicóptero de Aduanas. Cazador nato. De Cáceres. No lo invites a un cigarrillo ni a alcohol porque sólo bebe zumos y no fuma. Lleva quince años en esto y conoce el Estrecho como la palma de su mano. Serio, pero buena gente. Y cuando está ahí arriba, frío como la madre que lo parió.

-Hace con el molinillo cosas que no he visto hacer a nadie en mi puta vida.

El otro se reía oyéndolo. No le hagas caso, apuntaba. Exagera. Luego pidió un granizado de limón. Era moreno, bien parecido, de cuarenta y pocos años, delgado pero ancho de espaldas, el aire introvertido. Exagera un huevo, repitió. Se le veía incómodo con los elogios de Lobato. Al principio se había negado a hablar conmigo, cuando hice una gestión oficial a través de la dirección de Aduanas en Madrid. No hablo de mi trabajo, fue su respuesta. Pero el veterano reportero era amigo suyo -me pregunté a quién diablos no conocía Lobato en la provincia de Cádiz-, y éste se brindó a terciar en el asunto. Te lo trajino sin problemas, dijo. Y allí estábamos. En cuanto al piloto, yo me había informado a fondo y sabía que Javier Collado era una leyenda en su ambiente: de esos que entraban en un bar de contrabandistas y éstos decían joder y se daban con el codo, mira quién está ahí, con una mezcla de rencor y de respeto. El modo de operar de los traficantes cambiaba en los últimos tiempos, pero él seguía saliendo seis noches a la semana, a cazar hachís desde allá arriba. Un profesional -aquella palabra me hizo pensar que a veces todo depende de a qué lado de la valla, o de la ley, el azar lo ponga a uno-. Once mil horas de vuelo en el Estrecho, apuntó Lobato. Persiguiendo a los malos.

-Incluidos, claro, tu Teresa y su gallego. In illo tempore.

Y de eso hablábamos. O para ser más exactos, de la noche en que Argos, el BO-105 de Vigilancia Aduanera, volaba a altura de búsqueda sobre una mar razonablemente llana, rastreando el Estrecho con su radar. Ciento diez nudos de velocidad. Piloto, copiloto, observador. Rutina. Habían despegado de Algeciras una hora antes, y tras patrullar frente al sector de costa marroquí conocido en jerga aduanera como el economato -las playas situadas entre Ceuta y Punta Cires- ahora iban sin luces en dirección nordeste, siguiendo de lejos la costa española. Había guerreros, comentó Collado: maniobras navales de la - OTAN al oeste del Estrecho. Así que la patrulla de aquella noche se centró en la parte de levante, en busca de un .~, objetivo que adjudicarle a la turbolancha que navegaba, también a oscuras, mil quinientos pies más abajo. Una noche de caza como otra cualquiera.



-Estábamos cinco millas al sur de Marbella cuando el radar nos dio un par de ecos que estaban abajo, sin luces -precisó Collado-. Uno inmóvil y otro yéndose para tierra... Así que le dimos la posición a la Hachejota y empezamos a bajar hacia el que se movía.

-¿Adónde iba? -pregunté.

- Arrumbada a Punta Castor, cerca de Estepona -Collado se volvió a mirar en dirección este, más allá de los árboles que ocultaban Gibraltar, como si pudiera verse desde allí-. Un sitio bueno para alijar, porque la carretera de Málaga está cerca. No hay piedras, y puedes meter la proa de la lancha en la arena... Con gente preparada en tierra, descargar no lleva más de tres minutos.

-¿Y eran dos los ecos en el radar?

-Sí. El otro estaba quieto más afuera, separado unos ocho cables... Cosa de mil quinientos metros. Como si esperara. Pero el que se movía estaba casi en la playa, así que decidimos ir primero a por él. El visor térmico nos daba una estela ancha a cada pantocazo -al observar mi expresión confusa, Collado puso la palma de la mano sobre la mesa, subiéndola y bajándola apoyada en la muñeca para imitar el movimiento de una planeadora-. Una estela ancha indica que la lancha va cargada. Las que navegan vacías la dejan mas fina, porque sólo meten la cola del motor en el agua... El caso es que fuimos a por ella.

Vi que descubría los dientes en una mueca, a la manera de un depredador que mostrara el colmillo al pensar en una presa. Aquel tipo, comprobé, se animaba rememorando la cacería. Se transformaba. Y déjalo de mi cuenta, había dicho Lobato. Es un buen tío; y si lo confías, se relaja. Punta Castor, proseguía Collado, era un descargadero habitual. En aquel tiempo los contrabandistas no llevaban todavía GPS para situarse, y navegaban a ojo marino. El sitio era fácil de alcanzar porque salías de Ceuta con rumbo sesenta o noventa, y al perder de vista la luz del faro bastaba poner rumbo nornoroeste, guiándote por la claridad de La Línea, que quedaba por el través. Al frente se veían en seguida las luces de Estepona y de Marbella, pero era imposible confundirse porque el faro de Estepona se veía antes. Apretando fuerte, en una hora estabas en la playa.

-Lo ideal es trincar a esa gente in fraganti, con los cómplices que esperan en tierra... Quiero decir cuando están en la playa misma. Antes tiran los fardos al agua, y después corren que se las pelan.

-Corren que te cagas -remachó Lobato, que había ido de pasajero en varias de aquellas persecuciones.

-Eso es. Y resulta tan peligroso para ellos como para nosotros -ahora Collado sonreía un poquito, acentuando el aire cazador, como si eso especiara el asunto... Así era entonces, y sigue igual.

Disfruta, decidí. Este cabrón disfruta con su trabajo. Por eso lleva quince años saliendo de montería nocturna, y tiene auestas esas once mil horas de las que hablaba Lobato. La diferencia entre cazadores y presas no es tanta. Nadie se mete en una Phantom sólo por dinero. Nadie lo persigue sólo por sentido del deber.

Aquella noche, prosiguió Collado, el helicóptero de Aduanas bajó despacio, en dirección al eco más próximo a la costa. La Hachejota -Chema Beceiro, el patrón, era un tipo eficiente- estaba acercándose a cincuenta nudos de velocidad, y aparecería allí en cinco minutos. Así que descendió hasta los quinientos pies. Se disponía a maniobrar sobre la playa, haciendo saltar a tierra si era necesario al copiloto y al observador, cuando de pronto se encendieron luces allá abajo. Había vehículos iluminando la arena, y la Phantom pudo verse un instante junto a la orilla, negra como una sombra, antes de pegar un quiebro a babor y salir a toda velocidad entre una nube de espuma blanca. Entonces Collado dejó caer detrás el helicóptero, encendió el foco y se puso a perseguirla a un metro del agua.

-¿Has traído la foto? le preguntó Óscar Lobato.

-¿Qué foto? -inquirí. Lobato no contestó; miraba a Collado con aire guasón. El piloto le daba vueltas a su vaso de limonada, como si no terminara por decidirse del todo.

- A fin de cuentas -insistió Lobato- han pasado casi diez años.

Collado aún dudó un instante. Después puso un sobre marrón sobre la mesa.

A veces -explicó, señalando el sobre- fotografiamos a la gente de las planeadoras durante las persecuciones, a fin de identificarlos... No es para la policía ni para la prensa, sino para nuestros archivos. Y no siempre resulta fácil, con el foco oscilando, y el aguaje y todo eso. Unas veces las fotos salen y otras no.

-Ésta sí salió -Lobato se reía-. Enséñasela de una vez.

Collado sacó la foto del sobre y la puso en la mesa, y al verla se me secó la boca. 18x24 en blanco y negro, y la calidad no era perfecta: demasiado grano y un ligero desenfoque. Pero la escena quedaba reflejada con razonable nitidez, ya que esa fotografía había sido hecha volando a cincuenta nudos de velocidad y a un metro del agua, entre la nube de espuma que levantaba la planeadora lanzada a toda potencia: un patín del helicóptero en primer plano, oscuridad alrededor, salpicaduras blancas, que multiplicaban el destello del flash de la cámara. Y entre todo eso podía verse la parte central de la Phantom por su través de babor, y en ella la imagen de un hombre moreno, empapado el rostro de agua, que miraba la oscuridad ante la proa, inclinado sobre el volante del timón. Detrás de él, arrodillada en el piso de la planeadora, las manos en sus hombros como si le fuera indicando los movimientos del helicóptero que los acosaba, había una mujer joven, vestida con una chaqueta impermeable oscura y reluciente por la que chorreaba el agua, el pelo mojado por los rociones y recogido atrás en una coleta, los ojos muy abiertos con la luz reflejada en ellos, la boca apretada y firme. La cámara la había sorprendido vuelta a medias para mirar a un lado y un poco arriba hacia el helicóptero, la cara empalidecida por la proximidad del flash, la expresión crispada por la sorpresa del fotonazo. Teresa Mendoza con veinticuatro años.



Domingo, 2 de junio de 2002

El escritor visita los escenarios de su nueva novela “La reina del Sur”

Por Arturo Pérez-Reverte

Una mujer sale de la nada en México y llega a reina del narcotráfico en Gibraltar. En medio, 12 años de infarto. Ésta es la trama de "La Reina del Sur", un "corrido de 500 páginas" cuyo origen rememora el autor durante una 'noche de caza' con el Servicio de Vigilancia Aduanera.

Resulta extraño cómo pueden coincidir a veces la realidad y la ficción. José Luis Domínguez, el observador del pájaro, está atento a la pantalla del visor térmico de Argos, la nave del cielo que lleva un gran ojo nocturno en la proa. "Todavía no nos han visto", dice. En la pantalla, mientras el helicóptero de Vigilancia Aduanera vuela en la noche, acercándose a la playa desde el mar, la goma es una mancha alargada en la orilla, y los malos una docena de siluetas que se mueven alrededor acarreado fardos de treinta kilos de hachís. La semirrígida de nueve metros a la que seguimos el rastro ha ido a varar en una playa oscura de Guadalmina Baja, a poniente de Marbella. Y mientras Javier Collado, el piloto, lanza el pájaro sobre ellos a ciento cincuenta nudos de velocidad, no puedo evitar una risa incrédula. Esos tíos están alijando el hachís a pocos metros de la casa de Teresa Mendoza, alias la Mejicana, compruebo asombrado. Ni a propósito. Cualquiera diría que acaban de leerse la maldita novela, o que salen de ella.

Veintinueve meses de trabajo concluyen esta noche, aquí mismo, sobre la playa. Quinientas cincuenta páginas que he querido rematar en uno de los escenarios de la historia, para recordar los últimos detalles -estoy a tiempo de corregir las galeradas- y también como excusa para salir una noche más de caza con los viejos amigos, ahora que la realidad se mezcla en mi cabeza con la ficción hasta el punto de que resulta imposible separar una de otra. En realidad nadie pone en una novela lo que no tiene. Ni harto de whisky. Yo, por lo menos, las construyo con lo que he leído, con lo que he vivido y con lo que imagino. Como cualquiera, supongo. Como cualquiera, naturalmente, que haya leído, que haya vivido y que sea capaz de imaginar juntando letras y palabras mientras lo hace. Cada uno es cada uno. En cuanto a la escena que vivo esta noche, suspendido entre cielo y mar en la cabina del BO-105 de Vigilancia Aduanera, ya la viví muchas veces como reportero, en otro tiempo, cuando entre viaje y viaje de la cosa bélica venía de caza al Estrecho; porque Gibraltar era la principal base contrabandista del Mediterráneo Occidental y las imágenes eran rentables y espectaculares, y había adrenalina a chorros, y encima abríamos con esas imágenes los telediarios y nos lo pasábamos -Márquez, Valentín, los viejos colegas de la Betacam- de cojón de pato. Pero de eso hace la tira. Desde entonces han cambiado las cosas; y además, esta noche, lo que hago no tiene fronteras claras entre lo imaginado y lo vivido. Gracias a los viejos amigos de Aduanas -la agenda de un antiguo reportero contiene de todo-, ahora no vuelo para la tele, como cuando era un mercenario más o menos honesto, sino que vuelo para mí. Para la novela en la que trabajo desde hace veintinueve meses: la joven mejicana que huye a España y tras un largo y accidentado camino

de doce años se convierte en la reina del narcotráfico en el Estrecho de Gibraltar. Y lo paradójico es que, en la historia que se cierra esta misma noche, el escenario que elegí hace mucho tiempo para la imaginaria residencia española de la protagonista, Teresa Mendoza, la Reina del Sur, está a menos de quinientos metros de la playa donde ahora el helicóptero de Vigilancia Aduanera cae del cielo sobre la planeadora contrabandista. Lo que tiene mucha guasa, o al menos la tiene para mí. Y lo más curioso es que ni los hombres que están en tierra ni los que se encuentran en la cabina aquí arriba saben nada de eso. Ya ves, me digo. Chaval. Qué extrañas son las coincidencias y las bromas de la vida.



Javier y Juan, piloto y copiloto del BO-105

Todo empezó hace tiempo, en una cantina mejicana. Estaba con mis carnales de allá, dándole al tequila, y alguien puso en la rockola el corrido de Camelia la Tejana. Narcocorrido, para ser exactos. Nueva épica de esa frontera que sigue estando, como dijo no sé quién, tan lejos de Dios y tan cerca de los pinches Estados Unidos. Allí, las canciones populares hablaban antes de Pancho Villa, de la Cucaracha y de Adelita; ahora hablan de avionetas Cessna y cuernos de chivo, de perico y de mota, de cargas de la fina en llantas de coches rumbo a la Unión Americana. "Veinte mujeres de negro al panteón van a llegar", dice una canción. "La lealtad de un pistolero se respeta y se le admira", dice otra. Aquello es un mundo fascinante y terrible: el México duro, la violencia, la raya del Bravo, la mariguana de la sierra y todo eso. Tipos bigotudos con botas de iguana, con pistolas fajadas a la cintura y con escapularios del santo Malverde, el patrón de los narcos. Tijuana. Sinaloa.

Dólares. Lugares donde morir de forma violenta es morir de muerte natural. Y mientras sigues vivo, compadre, pues lo disfrutas para cuando te den picarrón y todo te falte: buenos coches, vino, lujo, música y mujeres. Porque más vale vivir cinco años como rey, me dijo en Culiacán, Sinaloa, el Batman Güemes, con un plato de carne demasiado hecha en una mano y una cerveza Pacífico en la otra, mirándome muy fijo. Más valen cinco años como rey, repitió, que cincuenta como buey. Chale.

Y eso es el narcocorrido, ni más ni menos. Vas por la calle y, aunque está prohibida su difusión, lo oyes todo el tiempo en las tiendas, en las cantinas, en las radios de los coches. Pacas de a kilo. Carga ladeada. La muerte de un federal. También las mujeres pueden. La banda del carro rojo. Todo real como la vida misma. Tres minutos de música y palabras con las que los grupos norteños, que salen en las cubiertas de los cedés con avionetas al fondo y pistolas del 45 en el cinto, cuentan historias estremecedoras y fascinantes de contrabandos, pases de frontera, leyendas de hombres y mujeres muertos o que van a morir.

Ese mundo me quedó ahí, en la cabeza. Archivado a la espera de quién sabe qué. A fin de cuentas, la trastienda de un novelista es una mochila donde vas echando cosas, y un día las sacas y las ordenas y las mezclas con otras y te sale una historia. O varias. El día que oí el corrido de Camelia la Tejana sentí la necesidad de escribir yo mismo la letra de una de aquellas canciones. Pero no tengo ni idea de música, ni sé resumir en pocas palabras historias perfectas como las que esa raza cuenta. Carezco del talento de los Tigres del Norte o los Tucanes de Tijuana, o de Chalino Sánchez, que era compositor, vocalista y gatillero de las mafias, y lo abasaron a tiros, todo exquisitamente canónico, al salir de una cantina, en Sinaloa, por el narco o por una hembra. O por las dos cosas. Así que, tras darle muchas vueltas al asunto, decidí escribir un corrido de quinientas páginas y mezclar en él dos mundos, dos fronteras, dos tráfico. El estrecho de Gibraltar y el norte de México. Recordar cosas viejas, aprender cosas nuevas. Mezclar lo vivido con lo leído y lo imaginado. Vivir de nuevo y vivir más. Ser por fin uno mismo quien, frente a la hoja en blanco, escribe la letra de su propia canción. Eso es agradable, y hasta útil, cuando a partir de cierta edad comprendes que hay más camino recorrido que por recorrer. Te permite encarar viejos fantasmas, serenar recuerdos y remordimientos. Comprender. En realidad es para eso para lo que uno lee, o escribe. Por lo menos es para lo que leo o escribo yo.

"Vamos allá", dice el piloto. Abajo, en la playa, los malos no nos ven hasta que tienen el pájaro encima, cuando la sombra negra parece salir del mar y Javier les mete el foco en los ojos, y corren en desbandada, arrojando los fardos. Maricón el último. Los hemos pillado justo en el momento: demasiado pronto tiran el hachís al mar, demasiado tarde se largan por tierra y se escapan a bordo de la planeadora vacía. Las palas volando a dos metros del suelo levantan torbellinos de arena, y entre ellos se tira José Luis Domínguez, blandiendo la linterna a modo de arma mientras grita, alto, Aduanas, alto, mientras los malos, que no le hacen por supuesto ni puto caso, corren como conejos y el oleaje atraviesa la goma abandonada en la playa. Hasta hay un cojo, lo juro, que deja la muleta en la playa y sale zumbando a saltos sobre la pierna sana. Pero lo que interesa es asegurar el hachís: esta noche sólo somos cuatro porque todo fue rápido y no hubo tiempo de avisar a nadie en tierra, y ya me dirán cómo se para a once o doce tíos alumbrándolos con una linterna. Además, si aparece ahora la Guardia Civil, teme José Luis, y te pillan descuidado, le echan mano a los fardos y se

apuntan el servicio. "Que para eso los picos madrugan que te cagas, oye". Y Jesucristo dijo hermanos y tal, pero nadie dijo primos. Así que los pilotos maniobran el pájaro acercándolo más a la playa, José Luis le pone un pirulo con destellos azules al hachís, y los malos, qué remedio, se piran por esta noche, porque lo que es yo no voy a ponerme a perseguir a nadie. Ni siquiera al cojo, que a estas alturas, salta que te salta, debe de andar ya por Estepona. El que suscribe es novelista y sólo ha venido a mirar. Además, qué carajo. También los malos me son familiares, pienso mientras salto a mi vez del helicóptero y me acerco a la planeadora para observarla de cerca. Varias de las escenas de la novela que acabo de terminar transcurren a bordo de lanchas de goma como ésta, con cargas similares a la que transporta. En otro tiempo mantuve también estrechas relaciones con los del otro lado de esa frontera, a veces difusa, que solemos definir como la de el delito y la Ley. Eso me ha permitido contar la historia de Teresa Mendoza precisamente desde ese lado: recrear las persecuciones nocturnas, la costa marroquí, las luces de los faros españoles entrevistas en la marejada, cuando aún no había GPS y se navegaba a ojo, a puros huevos, del economato de Al Marsa derecho al norte, por ejemplo; o rumbo sesenta desde Ceuta, y al perder de vista el faro, rumbo norte, entre las farolas de Estepona y de Marbella. Narrar la forma de vida de los narcos del Estrecho, tal y como los conocí hace quince o veinte años. Algunos de los viejos amigos de ese otro lado de la noche -entonces eran jóvenes, y las planeadoras, el tabaco, el hachís y el mar suponían para ellos una gozosa y rentable aventura- ya no están. Se han jubilado. Hola, adiós. Cómo pasa el tiempo, colega. Otros están muertos: completamente RIP. Y a algunos, varios años en cárceles marroquíes los han vuelto casi irreconocibles, amargos y malos de verdad. En fin.



Javier, parte del alijo y Puerto Banus al fondo.

Buenos y malos. No mames, que diría Teresa Mendoza. En realidad es difícil hacer esa distinción a estas alturas de la novela y de la vida. Lo cierto es que ahora digo bueno o digo malos como referencia, porque de algún modo tienes que llamar a la gente cuando te mueves entre ella. Pero la historia que acabo de rematar no juzga, ni define, ni nada de nada. No es una historia moral, entre otras cosas porque fui reportero durante veintiún años, y si algo aprendí es a desconfiar de quienes dicen tener claro donde está el bien y el mal, y de las historias con fondo moral. Todo el mundo tiene razones para hacer lo que hace; y si uno se calla y mira intentando comprender, a veces comprende. En la historia de mi Reina del Sur imaginaria pero no tanto, el mundo del narco mejicano y español es el escenario: el lugar donde transcurre la acción y por donde se mueven los personajes. Eso está ahí, y cada cual puede sacar sus conclusiones. Yo me he limitado a contar la historia de una mujer. De una pava un poquito cabrona que al principio no sabe que lo es, o que puede serlo, y luego sí. Doce años de una vida sin ambición y sin objetivos en la que, paradójicamente, cada golpe, cada desgracia, puede empujarte hacia arriba. Qué cosas, ¿no? Convertirte en leyenda.

También ellos son leyenda aunque no lo sepan, pienso mientras observo moverse por la playa a los tripulantes del pájaro. Y también son cazadores natos, decido una vez más. Nadie se mete en una planeadora sólo por dinero. Ni loco. Nadie los persigue jugándose la vida sólo por sentido del deber. Ni borracho. Hay algo personal en todo esto. Reglas propias, códigos íntimos de cada cual. Hace muchísimo tiempo que conozco a algunos de ellos, tanto dotaciones de helicópteros como de turbolanchas HJ, y estos tíos siguen asombrándome. Vuelan de noche a ras del mar, empapados por el aguaje de las lanchas contrabandistas, se tiran en la oscuridad sobre planeadoras que huyen entre pantocazos a cincuenta nudos, aterrizan en playas estrechas y lugares imposibles, abordan mercantes cargados de cocaína en mitad del Atlántico. Tengo un montón de cintas de vídeo hechas con ellos en los viejos tiempos: persecuciones increíbles en Galicia, en el Estrecho, a bordo del pájaro o planeando a cincuenta nudos en palmos de agua por la orilla, o entre las bateas mejilloneras, a oscuras y con la única luz del foco oscilante, los rostros de los contrabandistas mirando atrás, los fardos arrojados por la borda, el aguaje de la planeadora cegando al helicóptero, la adrenalina, el miedo, la caza. Chíngale.

La caza. Esa palabra acude constantemente a mi cabeza esta noche, y tal vez sea porque lo resume todo: lo que ellos hacen, lo que yo hago aquí; la novela que he escrito y de la que por fin, de esta forma casi simbólica y frente a tonelada y pico de chocolate fresco, acabo de librarme. A media historia, capítulo seis, necesité algo concreto. Imaginar sobre el terreno, o más bien sobre el mar, el itinerario de una persecución a lo largo de la costa española, desde Punta Castor, cerca de Estepona -un sitio cojonudo para alijar hachís, dicho sea de paso-, hasta un lugar conocido como la Piedra de León. Anduve por la zona dándole vueltas, sin terminar de verlo del todo, hasta que la gente de Vigilancia Aduanera me sacó del apuro. Chema Beceiro, el patrón de una HJ, me llevó de patrulla nocturna al mar, como en los viejos tiempos, y a bordo de esa embarcación pude establecer, milla a milla, el itinerario que Santiago Fisterra alias el Gallego, el patrón de la planeadora Phantom en la que navega Teresa Mendoza, sigue a lo largo de la costa en una escena de cacería nocturna donde sólo los nombres de los personajes son del todo ficción. Roooar. Como la vida misma.



BOTIN: Los narcos han volado, dejando su rastro en la lancha: fardes de hachis que son revisados por Javier (el piloto del helicóptero) y Perez-Reverte.

"Estoy sangrando como un jalupo". José Luis, el observador del helicóptero, se ha cortado profundamente las manos con los cristales de una tapia al perseguir a los malos. Tajos muy feos y sucios, así que se enjuaga los cortes en el agua de la orilla antes de revisar el botín de hoy. Por las infecciones, dice. El yodo y la sal y todo eso. Tan tranquilo. Hace un par de horas se tiró de noche

en medio del Estrecho para revisar un pesquerillo sospechoso que se acercaba a la costa sin luces, y luego salió de allí agarrado al patín, en medio de una marejada que me hizo temer que terminara en el agua. Apenas subió a bordo le pregunté cuánto cobraba por aquello, lo dijo, y todavía me estoy partiendo de risa. Atravesada, pero risa. Lo conozco hace mucho tiempo. Lo he visto tirarse a las gomas a oscuras, volando a cincuenta nudos sobre el mar, y liarse a hostias con los malos hasta que paraban, o sacar a emigrantes de una patera volcada que se estaban ahogando, y hacerlo con una mar infernal, en la oscuridad. También cuenta unos chistes estupendos cuando tomamos copas o tapeamos por Algeciras, La Línea o donde Kuki, en Campamento.

Ahora José Luis se pasea feliz entre los fardos capturados, revisa lo que han dejado atrás los malos al poner pies en polvorosa. Ropa, comida. Me enseña un permiso de residencia español a nombre de un marroquí, que en la foto parece joven y guapo. "Mira este espabilao: foto de novia rubia española, que por cierto está buenísima, y dentro, escondida entre una oración del Corán, foto de la novia seria que tiene en Marruecos, esta última para casarse"... El foco del helicóptero, que parece un monstruo detenido sobre la estrecha franja de arena, con las palas girando a dos metros escasos de las tapias y los árboles, alumbra los fardos de hachís. Mil doscientos kilos, calcula el veterano observador con un vistazo de experto. Pastillas de jabón, o sea aceite. Alta calidad. Un tercio en la playa, el resto aún a bordo de la planeadora. Subimos a bordo de la goma, a echar una ojeada cerca. El GPS de los malos todavía está encendido, con la ruta marcada: de Cabo Negro, Marruecos, sur de Ceuta, en línea recta a la playa de Guadalmina Baja. Ahí lo tienes bien clarito, colega. Con waypoints y con su puta madre. El bulevar del hachís.

Javier Collado deja a Juan, el copiloto, vigilando el helicóptero, y viene a reunirse con nosotros. Javier es mi amigo desde hace quince años: desde aquella primera noche en que salimos juntos a cazar planeadoras gibraltareñas, él para Vigilancia Aduanera y yo para los telediarios, o para Informe Semanal, o para algo de la tele, ya no me acuerdo bien, y nos quedamos el uno con el otro para siempre. Durante mi vida como reportero volé muchas veces en helicóptero, en paz y en guerra, con pilotos militares y civiles, y jamás encontré uno como él. He tenido a pilotos españoles, gringos y franceses en casa, viendo los vídeos de sus cacerías nocturnas, y juro por mis muertos más frescos que los he visto ponerse pálidos. Volando, Javier es frío como el hielo. Y doy fe con mi propio pellejo intacto. Como aquella vez que en plena noche, cegados por el aguaje de una Phantom gibraltareña, pegados a su cabezón Yamaha de 250 caballos y al mar, Javier le partió la antena con el patín a la planeadora para incomunicarla de quienes la estaban guiando por radio con unos prismáticos nocturnos y un walki desde lo alto del Peñón. Cirugía náutica, se llama eso. O como aquella otra noche que, en plena persecución, con mala mar, los malos nos hicieron una pirula muy perra, tocamos con un patín una ola, estuvimos a punto de irnos todos a tomar por saco, se disparó un flotador y todas las alarmas, y Javier nos subió de allí con una sangre fría que todavía hoy me deja patedefuá. La misma sangre fría que en otra ocasión -fuerte marejada, a oscuras y en mitad del Estrecho-, le permitió casi meter la panza del helicóptero en el mar mientras José Luis, de pie en un patín, sacaba del agua a los marroquíes de una patera naufragada -ya se había ahogado la mitad cuando los encontraron en plena noche- que al subir a bordo lo besaban, muá, muá, y José Luis se rebotaba porque para eso de los besos morunos es muy tímido. La misma sangre fría con la que hace un año, dejando la palanca al copiloto, Javier se tiró al agua para salvar a un contrabandista cuya lancha había zozobrado, y se ahogaba. O la que le hizo aterrizar hace unos meses en una playa

persiguiendo a otro traficante, varar el malo su lancha y salir zumbando entre las dunas, bajarse Javier del helicóptero, correr tras él y darse una estiba de órdago -esta vez ganó el bueno-, como quien deja un coche con las puertas abiertas en mitad de la calle. Tal cual. De las doce mil horas de vuelo que acaba de cumplir, las cuatro quintas partes las ha hecho volando de noche. Es leyenda viva, y yo he visto a los contrabandistas, al reconocerlo, darse con el codo y mirarlo con respeto. Ahí va ese hijoputa. Fíjate, oye. El piloto del pájaro. Y quiero tanto a este cacereño volador que hasta lo he metido en la novela, con nombre y apellidos. De personaje. Me lo prohibió, claro, porque todo lo agresivo que resulta cuando está allá arriba lo es de tímido en tierra firme, donde no habla por no molestar. Pero me importa un pito. Los amigos están para joderlos, le he dicho. Y para compensar el mal trago de verse como personaje de ficción, acabo de regalarle un dibujo de Joan Mundet, el ilustrador del capitán Alatriste, para las dotaciones de los helicópteros Argos de Aduanas: el Jalufo. Un cerdo con casco de piloto y bufanda de Snoopy bajo un cielo estrellado, con la leyenda Venor Noctu: Cazo de noche. Con dos cojones. Así que ya ven: cazadores y presas, narcocorridos, cocaína, hachís, Sinaloa, Gibraltar. Una mujer que juega en un mundo de hombres, con reglas que ella no eligió; y que sin pretenderlo, escribiendo la letra de su propia vida, sale de la nada para convertirse en leyenda... ¿Cómo no iba a escribir sobre eso una novela?



El cazador de hachís

“Cuando vuela se transforma en otro hombre, y nace con un helicóptero cosas que nadie hizo nunca”

Hace tiempo, teniendo en casa a un colega norteamericano que estuvo en Vietnam, me contaba éste lo chachis que eran los pilotos de helicóptero de aquella guerra. Unos virtuosos del molinillo, decía. Aterrizando y despegando y tal. Así que, harto de oírlo tirarse pegotes aeronáuticos, para cerrarle la boca le puse una cinta de vídeo rodada hace doce años a bordo del helicóptero del Servicio de Vigilancia Aduanera de Algeciras, persiguiendo a planeadoras contrabandistas de noche y a cinco palmos del agua. Tus pilotos, le dije al gringo, eran una puñetera mierda. Chaval. Éste es un piloto.

Hace un par de días volví a ver a ese piloto. Entre otras cosas, porque lo veo de vez en cuando. Se llama Javier Collado, tiene cuarenta y pocos años, y es un hombre introvertido, modesto, silencioso, con nervios de acero templado en horchata. No bebe, ni fuma. Hasta es guapo todavía, el muy cabrón. Y de Cáceres. También tiene 11.000 horas de vuelo persiguiendo a traficantes en el estrecho de Gibraltar. Y es mi amigo. En realidad somos más que amigos, pues nos une cierta complicidad singular y fiel, fruto de antiguas aventuras. Por eso sé que si Javier vuela de día y de noche es porque le va la marcha: porque volar es su pasión y su vida. Porque es feliz allá arriba, lejos de una tierra firme que lo incomoda y en la que parece casi tímido. Sin embargo, cuando vuela se transforma en otro hombre, y hace con un helicóptero cosas que nadie hizo nunca. Ignoro si llegará a viejo; pero como él mismo dice, nadie lo sabe. Quizá por eso sube a jugársela a diario suspendido en el cielo, y sus tácticas personalísimas de rastreo y caza, combinadas con la actuación de los otros pilotos y las turbolanchas aduaneras del SVA, son pieza clave en la lucha contra el contrabando de droga en el Estrecho.

En aquel ambiente de tipos duros, tanto entre los teóricamente buenos como entre los teóricamente malos, Javier es leyenda viva: de los que entran en un bar donde hay contrabandistas y éstos dicen joder, y se dan con el codo, y alguno hasta le manda una copa que nunca se bebe. He visto a curtidors traficantes hablar con respeto de «*eze hihoputa de ahí jarriba*», y a un piloto de planeadoras al que apresó en una playa llamarlo Javi, en plan familiar, como si lo conociera de toda la vida. Alberto, un joven gibraltareño que después pasaría años de pesadilla en una cárcel marroquí, me contó una vez la impresión que sentía cuando a to-

da velocidad, en mitad del mar y la noche —«*como un ghost*», fueron sus palabras—, aparecía el helicóptero detrás de su planeadora. Javier localizaba las lanchas contrabandistas y se pegaba como una lapa, acosándolas y desconcertando a sus pilotos mientras las turbolanchas del SVA acudían para abordarlas antes de que se refugiaran en Gibraltar. Algunos de ustedes lo recordarán de la tele: persecuciones increíbles a ras del agua, a cuarenta y tantos nudos, a oscuras y con la única luz del foco oscilante, los rostros de los contrabandistas mirando atrás, los fardos arrojados por la borda, el aguaje de la planeadora cegando al helicóptero, la adrenalina, el miedo, la caza... En fin. Ahora escribo novelas. Qué tiempos.

Tengo en mi casa dos objetos preciosos, directamente relacionados con Javier. Uno es su casco de piloto, que me regaló la última vez que volamos juntos. La otra es un trozo de antena de una planeadora a la que perseguimos durante una noche negra de cojones, con Valentín —el cámara de TVE— filmando con medio cuerpo fuera del helicóptero, tan a flor de agua que la estela de la Phantom nos empapaba a todos. Aquella noche tocamos con un patín una ola, y estuvimos a punto de irnos todos a tomar por saco, y se disparó un flotador y todas las alarmas, y Javier nos subió de allí con una sangre fría que todavía hoy me deja patedefuá. La misma sangre fría que en otra ocasión —fuerte marejada, a oscuras y en mitad del Estrecho—, le permitió casi meter la panza del helicóptero en el mar mientras su observador de a bordo, de pie en un patín, sacaba del agua a los marroquíes de una patera naufragada —ya se había ahogado la mitad cuando los encontraron en plena noche— que al subir a bordo lo besaban, muá, muá. La misma sangre fría con la que otro día, dejando la palanca al copiloto, Javier se tiró al agua para salvar a un contrabandista cuya lancha había zozobrado, aunque ahí llegó tarde y al pobre lo sacó ya tieso. O la que le hizo aterrizar hace pocas semanas en una playa persiguiendo a otro traficante, varar el malo su lancha y salir zumbando entre las dunas, bajarse Javier del helicóptero, correr tras él y darse de hostias —esta vez ganó el bueno—, como quien deja un coche con las puertas abiertas en mitad de la calle.

Así que ya lo saben. Ése es Javier, mi amigo. Y seguro que se mosqueará conmigo cuando publique esta página. Pero me da igual. A lo mejor, dentro de algunos años, alguien lee este recorte y dice: ése era mi papi. ●





“Tengo en mi casa dos objetos preciosos, directamente relacionados con Javier. Uno es su casco de piloto que me regaló la última vez que volamos juntos.”



Temblad, llanitos

Qué miedo. El ministro don Abel Matutes ha decidido que a Gibraltar le vamos a poner los pavos a la sombra. Cuando hace unas semanas Peter Caruana le jugó a don Abel la del chino, dejándolo con el culo al aire, el palacio de Santa Cruz clamó venganza, cielos, venganza. La venganza de don Mendo. Así que nuestra diplomacia quiere apretar las tuercas a ese nido de piratas que se chotea del señor Matutes y de sus antecesores desde que Franco era cabo. Incluso desde antes. El Gobierno de las Españas, que cuando se enfada es terrible, ha decidido chivarse a la CEE de lo malos y lo tramposos que son los de La Roca. Porque ésa es otra: la palabra Peñón tiene connotaciones poco de centro, y Roca, traducción del inglés *rock* –como rock and roll–, es más políticamente correcto, más moderno, y así no piensan que Matutes y su ministerio son de derechas, por Dios.

Mis amigos gibraltareños, Silvia la morenaza guapa del bar, y el gran Eddie Campello, y el rubio Parodi, y los otros de allí, incluyendo los que iban y venían al moro en las Phantom con el helicóptero de mi compadre Javier Collado en la chepa, deben de estar acojonados. Imagino el diálogo: oye, qué preocupación, colega, que el ministro Matutes dice que nos va a poner a marcar el paso, pisha. A ver si la CEE, que no tiene otra cosa que hacer, se toma en serio esa lista de las treinta mil normativas que incumplimos y las cincuenta sociedades fantasma, o a lo mejor es al revés, shosho; y la OTAN nos bombardea, y nos viste a los monos de cascos azules. Ohú. Qué pánico.

Incluso yo mismo estoy preocupado. Igual un día paso por allí con el curricán en el agua, y me sale una patrullera llanita a decirme oiga usted. Y yo, sabiéndome respaldado por un Gobierno bravo y con casta, me subo a la cruceta y les digo iros a hacer puñetas y esto para la reina, y ellos se ponen flamencos y me piden los papeles, y yo me abalanzo a la radio y digo mayday, mayday, a mí la Legión, y el ministro Matutes en persona manda a la corbeta Vencedora, que para eso están las corbetas, a defender mi derecho a echar el curricán donde me salga de los cojones. Pero entonces lord Flanagan y su puta madre piden en el parlamento que manden la HMS Surprise y toda la flota de Su Majestad,

y liamos la de Trafalgar en postmoderno. Así que ojo. Cuando se tienen jabatos como el ministro Matutes, estas cosas se sabe cómo empiezan, pero no cómo acaban.

Uno, en su modestia, recomendaría a Exteriores que, si de verdad quiere fastidiar a Caruana y su panda de golfos, en vez de registrarles los coches a los turistas y montar numeritos con los picoletos de la aduana y seguir haciendo públicamente el gilipollas, les diera un repaso a los intereses británicos que, en suelo español y con la complicidad y el compadreo de empresarios españoles, controlan la Costa del Sol con urbanizaciones de lujo, campos de golf, puertos deportivos y demás: auténtico sistema neocolonial con oficina en Gibraltar y la vivienda y todas las ventajas y todo el lujazo en España, donde invierten su pasta, y tienen sus casas, y pasan el fin de semana los ministros y gobernantes gibraltareños, por el morro. Esos sí que son intereses británicos de verdad, vulnerables porque donde está el dinero es donde duele. Apretar las tuercas ahí, y no a los infelices que cruzan la verja, sí que fastidiaría a mis primos del Peñón, y a los de Londres. Pero en ese puchero no sólo mojan ingleses, así que cuidadín. Cada cosa es cada cosa.

En cuanto a los intereses generales, a los que el ministro se refería para justificar las colas en la frontera y la pérdida de empleo de los trabajadores españoles, alguien debería recordar que los sucesivos gobiernos de España se han venido pasando los intereses de los habitantes de la zona por el forro de los huevos, convirtiendo La Línea y el campo de Gibraltar, después de mucha mojarra y mucho cinismo, en un lugar de abandono y miseria donde la gente ha tenido que montárselo como Dios o el contrabando le han dado a entender. Y que ahora la colonia británica, el turismo que genera, su actividad comercial y su picaresca pirata y desprovista de vergüenza, son el único recurso económico solvente. Los españoles de allí no tienen otro remedio que vivir de Gibraltar, haciéndoles de camareros y de albañiles y de tenderos a los llanitos y a los ingleses. Así que van listos, si son el ministro Matutes y su Gobierno los que ahora se comprometen a darles de comer. Como decía el chiste: Virgencita, Virgencita, que me quede como estoy.



La delgada línea gris

Mientras el 21 de octubre se acerca despacio, con viento flojo del nornoroeste, te apoyas en la barra del bar de Lola, que hoy se llama La Gallinita de Cai y está en el barrio de la Viña, con el Atlántico y el Estrecho ahí mismo. Y en la barra, a tu lado, hay compadres que entran y salen, piden esto o lo otro, preguntan cuánto se debe y pagan como hombres cabales, de esos que puedes dejar tranquilamente a tu espalda sabiendo que por ahí nadie te la endiña. Y te miras en el espejo donde pone Coñac Fundador y piensas: qué suerte tienes, colega, de que esta tropa te llame amigo. El caso es que estás, como digo, con una manzanilla y una tapita de jamón, mientras Fito Cózar cuenta el chiste del burro y el león, y Juan Eslava sonríe guasón, leal, como un armario lleno de historias. Junto a ellos, el joven Fran, de Casas Viejas, se emociona recordando cómo Seisdedos y sus paisanos dijeron hasta aquí hemos llegado y se liaron a tiros con la Guardia Civil, Dani Heredia pone ojos de soñar con libros y con un mundo de gente que lea, y Óscar Lobato, el viejo zorro con memoria de linotipia y esa cara tallada por los siglos y por la vida, te cuenta la prosapia, con nombre y apellidos, de quien plantó la viña que alumbró la manzanilla que te bebes.

Siguen entrando, y cada uno paga una ronda. Mientras el fantasma entrañable de Carlos Cano le cuenta a Javier Collado, el piloto del Pájaro, la historia de María la Portuguesa, Antonio Marchena, el de la Caleta, viene de darse un remojón en el bajo de la Aceitera y cuenta, mirándote con ojos de bronce tartésico, que las cuadernas de los setenta y cuatro se distinguen todavía, a pesar de que los carboneros de los ingleses de Gibraltar lo han expoliado todo mientras aquí las autoridades se tocaban la minga. España, pisha. Etcétera. Y al rato entra Paco Molero, con veintiséis tacos y ese corazón que le salta en el pecho cuando mira hacia el mar y la historia, con la cabeza ocupada por el proyecto histórico-pedagógico-textil que tiene entre manos, esas camisetas conmemorativas de una batalla perdida para las que se ha entrampado hasta las cejas. Y mientras se toma un vino de Jerez, a su lado Miguel Galeote pone sobre la barra, para que la admiremos, la reproducción perfecta, a escala, del almirante Gravina. Que sólo le falta hablar.

El caso, como digo, es que estás entre ellos y dices: son mis compadres y la siguiente andanada de a 36 libras la pago yo. Entonces ves al final de la barra un periódico con los titulares llenos de esa otra España virtual, divorciada de la real. De ese zoco moruno de golfos encorbatados y sin encorbar que te agría la leche, quieras o no quieras, a cada paso que das en este país desgraciado que tan mala suerte tiene. Y piensas: hay que ver. Tanto sinvergüenza donde siempre, que para eso no pasa el tiempo. Tanto oportunista, tanto demagogo, tanto cretino arrogante, tanto analfabeto, tanto insolidario, tanto irresponsable gobernando u oponiéndose, turnándose en la infamia desde hace siglos. Devolviéndonos al pozo cada vez que estamos a punto de sacar dignamente la cabeza, y lavándose luego las manos diciendo yo no sabía, no era mi intención, yo sólo pasaba por ahí. Entiéndaselas con el almirante francés, o con el maestro armero. Siempre salió barato hacer el destrozo y escurrir luego el bulto en este país con tan mala memoria, donde ningún culpable paga los tiestos rotos. Y sin embargo, pese a todo, tan siniestros fulanos no consiguieron acabar nunca con los Nicolás Marrajo que estaban de turno, con la delgada línea gris que todavía vertebró lo que nos queda. Con la gente que apechugó junto a la Aceitera, o donde fuera, y que hoy aguanta cada día en el trabajo, en la vida, en los sueños que ni siquiera nuestra nauseabunda clase política ha podido truncar. Tataranietos, nietos, hijos de aquellos pobres héroes sacados de hospitales, cárceles y tabernas, que pagaron, como siempre, por los que no pagan nunca. Reflexionar sobre todo eso cabrea mucho, claro. Pero también salva un poquito. O un muchito. De pronto echas un vistazo alrededor, miras los caretos honrados que tienes cerca, te asomas la calle y piensas, bueno. Menos mal que existe el bar de Lola, y ahí se te quita el frío. Si uno se fija, aún queda gente, y ganas. Y dignidad. Quizá, después de todo, esos hijos de puta no puedan con nosotros. Y esta vez no me refiero a los ingleses.